

Tesis/Antítesis. Identidades y contextos de los y las jóvenes: de lo local a lo global

Una buena parte de los términos de uso más conocidos hasta hace no mucho tiempo se han quedado obsoletos de manera fulminante. Se trataba de conceptos que aparecían enfrentados o sometidos a una tensión entre contrarios: “cercano/ajeno”, “próximo/lejano”, “local/global”, “centralidad/globalidad”, “privado/público”, etc. y que a partir de ahora habrán de enmarcarse bajo relaciones que difuminan sus anteriores perspectivas de acepción. En esa situación, las distintas vinculaciones generacionales ofrecen “lecturas diferenciadas” en las que la “brecha” se marca de manera casi perfecta: términos con apariencia antitética se reconvierten e integran en los nuevos discursos con contenidos diferenciados o, al menos, mejor matizados. A su vez, aparecen otros conceptos, de cierta proximidad terminológica, que bajo el impacto de una lectura en clave puramente ideológica adquieren interpretaciones muy distintas a las de su origen: “globalidad/globalización”, “global/mundial”, “real/virtual”... La construcción de un nuevo rediseño de aparente inserción en un ámbito que va mucho más allá de lo cercano, revisa el anterior concepto de “cosmopolitismo”, y lo ubica en una compleja dualidad de identidades sobre todo entre jóvenes, de no siempre fácil resolución, como es la estar “viviendo en lo local, en el espacio más cercano, que corresponde al grupo, la “tribu”, el barrio, la ciudad, la comarca, como territorios de proximidad” -sea de manera real o a través de las tecnologías de la comunicación-. Pero a la vez, la de “sentirse residentes” en lo global”, bajo la reubicación en un modo de ser como el que generan los vínculos creados a través de las redes. Y a su vez, la nueva toma en consideración de la actitud ante unos medios que parecen haber roto la anterior posición de “generadores de contenidos” frente a unos “usuarios/consumidores”, que ahora también crean sus propios mensajes.

Palabras clave: cosmopolita, cercanía, identidad, virtual, sentido de pertenencia, redes, globalidad, mundialidad.

1. Introducción

La relación entre el “yo” y la “circunstancia” es mucho más compleja de lo que a primera vista pueda parecer. Lo que tradicionalmente se denominaba “realidad” aparece vinculado a un concepto tan relevante, especialmente en nuestros días, como el de la “percepción”. La doctrina clásica hacía hincapié en un concepto de “realidad” que hoy puede parecerse falsa e inexistente. Nada existe como tal sino en función de cómo es visto e interpretado. La naturaleza de las cosas ha dejado de ser su esencia, desplazada por la percepción sobre las mismas. Lo que sugiere el hecho tiene más importancia que el hecho mismo; y todavía más en una época como la nuestra en la que el concepto “visualización” ha adquirido una arrolladora importancia. El empleo del viejo término orteguiano posee hoy una concepción diametralmente opuesta a la de su origen. La “circunstancia” es clave para la generación de la identidad, y mucho más en un mundo en el que las TIC son herramientas indispensables.

Es necesario redimensionar ese espacio de relaciones desde la perspectiva de un mundo como el actual, en el que los hechos y las noticias se difunden en el mismo instante en que se producen, y los “lejanos” centros de poder y escenarios mundiales en los que se generan la mayor parte de

las noticias aparecen constantemente “visibles”, gracias a los medios o a las redes sociales, y a veces mucho que los geográficamente vecinos alejados del foco mediático. El término “distancia” no se calcula en unidades de medir sino en las de tiempo. No siempre es fácil posicionarse en este cambio de concepción que va más de lo tecnológico y afecta a todos los aspectos de la realidad humana.

Cuando se trata de interpretar o de describir una visión sobre el pasado se cae con frecuencia en el anacronismo. En un largometraje de esta última década sobre un famoso episodio bélico de la Guerra de la Independencia en Cataluña se describe cómo el propio Napoleón va respondiendo a las acciones que se suceden en los campos de batalla españoles con simultáneos posicionamientos militares. Una situación absolutamente imposible y artificiosa. Hasta la llegada del telégrafo en la segunda mitad del XIX todos y cada uno de los episodios más aparentemente emblemáticos de la historia humana, tardaron semanas, meses y años en ser transmitidos. Pongamos un cóctel de palabras extraídas de la historia –“Constantinopla”, “Lepanto”, “1492”, “Magallanes”, “Armada Invencible”, “Descubrimiento”, “Waterloo”, y así hasta el infinito- y su percepción, condicionada por los largos itinerarios y la dificultad en las comunicaciones. Todavía a finales del XIX un “Atlas” de origen francés describía una buena parte del interior de América, África o Asia como territorio casi “vacío” apenas descrito. En nuestra época hasta el más ignoto lugar del planeta aparece bajo el “ojo que todo lo ve” de un mapa captado a través de un satélite y que es posible contemplar desde nuestro ordenador. La nueva “biblioteca de Alejandría” es hoy la red a través de los más variados soportes, y cualquier término o contenido se puede consultar en un breve espacio de tiempo; factor que aporta una distinta percepción con respecto a la pertenencia a una “concepción global”, que se mueve bajo la perspectiva de la identidad múltiple.

Son los medios y las redes las que actúan como elementos de vinculación exterior, por encima de los “tradicionales” –medio familiar, escuela, barrio, trabajo...- incluso los “convencionales” aparecen hoy casi obsoletos: las noticias cambian constantemente a lo largo del día y las ediciones están tan abiertas como las cotizaciones de las Bolsas mundiales que ya no dependen de horarios sino del llamado “mercado continuo”. De la misma manera que los antiguos grandes medios de la prensa escrita en su reconversión digital se convierten en proveedores de contenidos audiovisuales, en los “multimedia”. Es difícil concebir una noticia que no se acompañe de imágenes en movimiento y sonidos, en una época en la que la mayor parte de los dispositivos de uso permiten su captación.

Hasta ahora la distinción entre “identidad personal” o “identidad colectiva” aparecía perfectamente contextualizada. La identidad aparecía descrita como conjunto de elementos que proporcionan un carácter singular a una persona frente a las otras, dentro de un cruce de factores que van desde los elementos más personales y características, a las referencias generacionales, de sexo, las creencias o su ausencia. En esa identidad se incluían buena parte de los elementos culturales de individualización. Frente a una “identidad colectiva” vinculada a elementos familiares, de grupo, nacionales, de ubicación en espacios en los más variados ámbitos, desde lo educativo, lo laboral, lo profesional a lo social, con especial presencia de los elementos culturales. Ambos conceptos de identidad aparecían como factores yuxtapuestos que influían en la identidad y que podían ser diferenciados. La nueva ubicación de los y las jóvenes en contextos desvinculados de lo personal, lo cercano o lo inmediato, a través de las redes, aporta otro marco referencial. Ahora incluso el grupo cultural o social, la “tribu”, la “panda” o la “cuadrilla” pueden resultar desplazados por las nuevas ubicaciones segregadas de cualquier referencia de cercanía. “Facebook”, “Instagram” y otras redes similares permiten desarrollar afinidades desvinculadas de los factores de proximidad, bajo la premisa de la (falsa) denominación de

“amigos”, o la oferta de un abanico de (supuestas) vinculaciones personales con “extraños/próximos” a quienes no se conoce personalmente, y que probablemente residen en territorios que nunca se han pisado, pero con quienes se trazan un entramado de relaciones a través de las “vinculaciones virtuales” que ofrece la tecnología.

¿Quiere esto decir que asistimos entre las generaciones más jóvenes a la ubicación en una “identidad planetaria”, tal y como venían a describir los teóricos tecnócratas en la última parte del XX que proclamaban el “fin de las ideologías” - o al reemplazo de estas por el “mercado” en plena ceremonia orgiástica del pensamiento neoliberal- de la llamada “postmodernidad”? Ni mucho menos. A la vez que se produce esa cercanía a una “escala planetaria” se intensifica el valor –casi perdido en generaciones inmediatamente precedentes- de lo “cercano”, de la “proximidad” sea directa o a través de las redes de apoyo locales, del “grupo” más próximo, de la recuperación de referencias inmediatas en plena evolución, que empiezan a despojarse de su antigua función como “espacios de control social”. Esa combinación “planeta/cercanía” aparentemente antitética o bajo el imperio de una cierta confusión se resume en una frase-concepto de cierto uso que ubica a buena parte de los nacidos digitales en un espacio de identidad en el que “se piensa bajo la jerarquía de lo global, pero viviéndolo en la clave de lo local”.

1.1. Identidades múltiples y complejas

El “hecho universal” está presente en las vidas de los ciudadanos, pero especialmente en jóvenes, por la omnipresencia de los contenidos informativos, a través de los más variados productos y formatos, rompiendo una esfera que antes aparecía como perfectamente segregada entre lo “público” y lo “privado”. Lo que antes se configuraba como contenido de absoluta privacidad se sube a las redes y se comparte, trascendiendo desde lo más personal a lo más expuesto. Incluso aquello que antes formaba parte de la parcela más íntima se exhibe o enseña sin pudor. Se comparten (y se escriben) las impresiones más personales, urgentes, precipitadas (e impensadas) a través de las redes sociales, que antes pertenecían al dominio de la conversación privada o del vínculo personal, y que hoy son mostradas también a los, hasta ahora, “extraños”.

El uso de sistemas como “Twitter” expresa una nueva relación con el acto de la escritura, motivado por aplicaciones novedosas en la historia humana. Hasta bien avanzado el XX el hecho de escribir no estaba al alcance más que de una minoría, no solo por las elevadas tasas de analfabetismo, sobre todo femenino, sino por la dificultad técnica de poseer unas herramientas o utensilios –no vamos a detenernos en la gran variedad de soportes técnicos utilizados para escribir- hasta llegar la mayor simplicidad de uso que representaba la aparición de la estilográfica o el bolígrafo, sin la engorrosa tinta. Escribir como un acto de intimidad y de recapacitación, ante la perspectiva de permanencia del propio documento. El abundante repertorio epistolar de personajes literarios o históricos hasta épocas recientes, pese a estar dirigido a un solo interlocutor parecía generado “para la posteridad”, como un ejercicio de reflexión compartida pero nacido “desde uno mismo”.

Nada que ver con la nueva relación de uso con la palabra escrita, no solo desde el punto de vista de su formato o estilo, sino desde el contenido. La expresión inmediata del “tweet” traslada el impacto al texto sin apenas opción a la reflexión o al análisis. Es el triunfo absoluto de lo efímero. La principal aportación tiene que ver con su difusión: el “tweet” es íntimo pero a la vez posee una proyección abierta, dentro de un “escaparate mediático” en el que la expresión de lo fulminante se erige en primera opción. Aunque el “tweet”, tan poco reflexivo como un instantáneo fogueo, un fugaz pensamiento o una rápida reacción, adquiere

capacidad de permanencia solo por el hecho de transitar a la escritura; lo que no hubiera ocurrido de ser transmitido a través de una simple expresión verbal y en un espacio de privacidad. Se trata, por lo tanto, de un elemento más del proceso de “exposición” que se analiza más abajo.

De la misma manera que esa hiper-visualización genera una ruptura de territorios entre lo “propio” y lo “ajeno”. El uso del teléfono como cámara fotográfica pone el ojo tecnológico en los espacios más variados, y convierte al “gran hermano” orweliano en una realidad cotidiana. La imagen además se difunde al instante gracias a las redes y trasciende de lo personal al mundo de lo compartido, de la esfera de intimidad a la exhibición pública. El cambio que este hecho aporta en la creación de una “concepción global” –que no debemos confundir con una “identidad global”- es abismal si lo comparamos con un pasado todavía identificable por las generaciones más mayores. Basta con señalar el ejemplo de los muchos estados en los que hasta finales del siglo XX estaba prohibido el rodaje de imágenes sin un permiso oficial –como era el caso de España hasta bien avanzados los años 60-, e incluso hasta hace pocos años no se podían tomar fotos sin autorización en lugares como estaciones ferroviarias o aeropuertos; licencia hoy totalmente superada por el uso de las cámaras en los teléfonos móviles.

Las redes se han convertido en espacio privilegiado para la búsqueda de nuevas socialización de grupo, de “tribu” o de espacio de referencia. Llegando incluso a plantear el desplazamiento de la propia comunicación interpersonal por la que implica el uso de una tecnología; se producen así situaciones en las que el mensaje a través de “WhatsApp” reemplaza a la conversación telefónica directa, e incluso sustituye a la comunicación personal de cercanía en muchos casos, como ocurre con adolescentes que antes que dar unos cuantos pasos o recorrer un trayecto para intercambiar una cita o una frase con alguno de sus pares, lo hace a través de una tecnología, que además permite la conexión con quien se encuentra geográficamente distante.

A pesar de ello, siguen imperando estereotipos generados en la época en la que todavía se hablaba de “nuevas tecnologías”, de finales del siglo pasado, impregnados del sabor utópico de un discurso que las presentaba como “fin” en sí mismas, y no como “medio” para lograr otros fines. Ese discurso puramente ideologizado, aunque se presentara paradójicamente como “anti-ideológico”, de caligrafía feroz y agresivamente tecnocrática, describía un mundo utópico en el que las tecnologías eran capaces de resolver la mayor parte de los problemas no solo de los seres humanos sino de la propia humanidad en su conjunto. Sin contar que la presión excesiva de lo “técnico” podía generar otros problemas diferentes cuando se trataba de emplearlos en la resolución de cuestiones que dependen de decisiones totalmente humanas; con la fragilidad inherente a los seres vivos, afortunadamente “imperfectos” frente a las máquinas.

Tiene así lugar esa paradoja que describen ciertas investigaciones sobre los jóvenes de nuestra época. Por un lado, una concepción de lo universal que gravita constantemente porque está implícita y reside en una especie de ciclorama cotidiano, que no es otro que una concepción cultural-social, sometido a la influencia permanente de contenidos informativos. Y por el otro, una búsqueda de elementos de identidad entre lo más cercano, lo próximo, en el grupo de referencia más íntimo, y en la búsqueda o el hallazgo de aquellos signos culturales de relación entre lo inmediato que está siendo compartido. Su conclusión van a ser, por lo tanto, diversos cruces de identidades múltiples, -incluso las en otro tiempo antagónicas- ahora perfectamente compatibles, entre lo universal y lo local; a quienes corresponden tareas y funciones muy diferentes. Del éxito que pueda suponer la conjugación entre esos factores múltiples, y supuestamente antagónicos, dependerá la propia inserción de los y las jóvenes en una realidad con la que puedan sentirse identificados.

Llegados a este punto, hay que preguntarse por la “calidad” informativa frente a la “cantidad” que actualmente se transmite a través de los más variados soportes y vías. “Más información” no quiere decir “mejor información”. Se puede manipular la información no solo por escasez sino por exceso. La contra-información o la información interesada, recurre a la exuberancia de contenidos para desplazar de la opinión pública, retirar de la primera línea del “escaparate” a aquellos temas sobre los que no interesa que se fije la atención ciudadana. En lugar de prohibir como hacen las dictaduras en sus más variadas versiones, se neutraliza con nuevas “columnas de humo” que dispersan y desplazan los contenidos desde la primera línea.

Pero más allá de los contenidos informativos que llegan a través de los medios más convencionales o de los profesionalizados, la sobre-abundancia de mensajes y el cruce constante de informaciones provoca una inflación de expresiones. La red vehicula líneas de contenidos en los que no existe presunción de veracidad, ni carácter deontológico sobre el ejercicio informativo, ni contraste sobre los contenidos o las fuentes, acabando por derivar al puro libelo. Tras el estallido de la “red de redes” en esta segunda fase de la revolución de las TIC se hace preciso contemplar unos mínimos criterios de rigor ético para impedir que no sea una jungla donde la libertad de expresión y la generación de contenidos informativos por el propio usuario quedan sojuzgados por el imperio de lo superficial y lo banal.

1.2. El juego de los contrastes

Bajo la perspectiva de una primera identidad “universal” es preciso sacudirse del fantasma de unos términos-conceptos que condicionan la mayor parte de los discursos. Esas terminologías han nacido cargadas de elementos ideológicos, o se han incorporado a su trayectoria; y en ocasiones resulta difícil utilizarlos para no generar “sombras de sospecha” o romper con lo “políticamente correcto”. Su análisis nos aporta un cierto perfil de esa conformación en una identidad global.

1.2.3. Realidad y virtualidad

En una tradición humanista generada desde el mundo clásico, un concepto como el de “realidad” se contrastaba con el de “imaginación” o el de “fantasía”. El mundo de lo real frente al de lo fantástico. El imperio de lo tangible frente al de lo imaginado. Sancho Panza y Don Quijote.

En la era de las tecnologías “virtual” se convierte en uno de los términos de uso más utilizados –no en balde se escribe igual en inglés que en español y en otros idiomas- para aparecer como uno de los “apellidos” más comunes en espacios variopintos, de la empresa a la educación. Según la RAE es aquello que “produce un efecto, aunque no lo produce de presente, frecuentemente en oposición a efectivo o real”. La definición se ha quedado obsoleta ante conceptos como el de “realidad virtual” que combinan elementos mixtos, y se percibe como aquello que ofrece situaciones de apariencia real generadas por elementos informáticos o tecnológicos. Bajo ese concepto, es posible la interacción personal compartida, lejos de los espacios tradicionales de situación-tiempo; e incluso puede ser un acto colectivo y relacionarse con el mundo físico. Pensemos en un trabajo colectivo de “cadáver exquisito”, en el que cada miembro partícipe en una red es capaz de aportar un trazo que formará parte de una puesta en común elaborada por quienes probablemente se encuentran muy alejados físicamente en una relación espacio-tiempo. O la participación en una grabación colectiva en la que cada instrumentista va añadiendo su participación correspondiente hasta completar una totalidad de una obra, o un producto en el que ninguno de sus creadores ha tenido un contacto físico directo en la elaboración de la pieza musical.

La “virtualidad” proporciona, sin embargo, una apariencia de realidad, que no obedece sino a una pura simulación. Si trasladamos este concepto desde el mundo de la tecnología al de la sociología, nos encontramos con que una parte de los jóvenes se reconocen en el uso de un espejismo de realidad “distante” y “lejana” pero cultural y estéticamente “próxima”. La diferencia frente a épocas pretéritas, es que antaño lo “virtual” pertenecía exclusivamente al reino de la imaginación, del mito, de la creencia; y hoy llega a ser representado y ampliado a través de una inter-actividad inherente a esas tecnologías. “No hay pensamiento que no pueda ser interpretado a través de un ordenador”, dice como eslogan un centro tecnológico dedicado al arte digital.

El producto resultante no es “neutral”: es una traslación del mundo del supuesto al de lo tangible. La misma gestación de las terminologías de uso cotidiano dentro de la red responden a esa ambigüedad, o mejor doble conjunción de “relato de lo real/discurso de lo fingido”, como el de “navegación”, que remite a un concepto físico. “Navegar por Internet”, como una idealización poetizada de un concepto que no es más que el acto de usar una herramienta tecnológica.

1.3. “Modernidad” y “mundialidad”

Buena parte de los términos que aquí se comentan tienen un sentido contradictorio en función de la época y el contexto en que se utilizan. “Modernidad”, una palabra de uso común en el siglo XX -en cuya parte final es reemplazada por la de “postmodernidad” en la que se quiere representar el pretendido ocaso de las ideologías falsamente descrito por los tecnócratas- ya era objeto de interpretaciones contrastadas en el Medievo y en el pre-Renacimiento, cuando se enfrentaban los intentos de generación de un pensamiento humanista autónomo no basado en los elementos irracionales o los mitos a un concepto de “levedad” o de “ligereza”. Fue en el Siglo de las Luces cuando definitivamente quedó vinculado a la razón. Hegel describe esta situación: “La inteligencia despierta para lo temporal el hombre cobra conciencia de su voluntad y capacidad, mira con alegría a la tierra, a su suelo, a sus trabajos y ocupaciones, viendo en ello algo justo e inteligente”. Y concluye: “Lo mundano quiere ser juzgado mundanamente y a su vez en la razón posible”. Las referencias tiempo/espacio de los clásicos helenísticos como Euclides o las de Newton quedan desplazadas en el XX por el concepto de “relatividad” que aplica Einstein, surgido de la física pero que también, por traslación, se puede aplicar a otras ciencias, a la creación cultural, a la música, a las sociedades en su conjunto. El espacio tradicional cobra otra dimensión frente al de lo mundial, especialmente en el cambio de siglo con la popularización de las tecnologías y la generación de una industria basada en el uso cotidiano de la informática.

En el plano de lo político los viejos centros de poder resultan totalmente desplazados, y el viejo estado nacional, tal y como desde el XIX es conocido, se difumina en beneficio de las grandes estructuras, o de las entidades de supervisión-tutela-hegemonía, como el FMI, BM, BCE o la denominada “troika”. El imperio de las tecnologías es capaz de generar unos mecanismos de control insospechados. El estado actual posee no solo información sobre cada uno de nuestros ingresos y propiedades, y conoce con detalle nuestras transacciones, sino que hasta las empresas privadas de distribución a través de las tarjetas de fidelización y descuento, poseen buena parte de las claves de nuestras preferencias como consumidores o usuarios. De la misma manera que la “huella informática” a través de internet puede identificar a través de las páginas consultadas o los espacios visitados, dejando el rastro de nuestras preferencias e intereses; es decir elementos que forman parte de la identidad. Una información poseída en buena medida desde espacios geográficamente muy alejados del espacio físico de residencia. O desde

la llamada “nube”, ignota y virtual, pero cuyas claves de acceso equivalen a las modernas “llaves” que proporcionan el poder.

“Mundialidad” se ha utilizado además como un sinónimo de “mercantilización” en las relaciones, donde solo parece contar el uso comercial o los vínculos económicos. Tal y como ocurre con el concepto “modernidad”, también posee una doble o triple lectura. A partir de La Ilustración se empieza a generar un concepto de “moderno” vinculado a “progreso” de tintes claramente idealizados, y especialmente desde la Revolución Industrial al establecimiento de un sólido nexo entre los conceptos de “modernidad” y “tecnología”. Después de las catástrofes que asolaron al mundo en la primera mitad del XX, ese concepto se acrecienta vinculado al de “progreso sin límites” apoyado en el “desarrollo tecnológico”. Se trata de un concepto positivo que durante más de tres décadas es descrito desde ámbitos ideológicos muy distintos en una clave “sin retrocesos”. Se dio por supuesto el “crecimiento sin límites” dentro de una permanente continuidad. Hasta que aparecieron los primeros signos de disfunción medioambiental, revisándose en los años 60, cuando se salió al paso del tecnocraticismo: por sí misma la técnica no garantiza una mejora en las libertades ni proporciona más calidad a la democracia, ni asegura un mejor acceso a la igualdad de oportunidades y a una distribución más equitativa de la riqueza. Dependerá de su uso desde criterios democráticos o en clave de poder de quienes aspiran al monopolio mundial. Por vez primera, además, a partir de la crisis de las “subprimes” de la primera década del XXI en Norteamérica, y de la europea inmediatamente posterior, los indicadores socioeconómicos mostraron signos de retroceso en sociedades del “primer mundo” que antes parecían inmunes a las contingencias, y se consideraban sin posibilidad alguna de dar “saltos atrás”.

“Modernidad” y “mundialidad” son términos que se vinculan “de facto”, bajo el prisma de una identidad generada por una visión omnicomprensiva de la realidad: las fronteras nacionales apenas significan algo desde la perspectiva de las grandes corporaciones, para quienes el mercado es único y de dimensiones globales. La visión mercantilizada aparece como un elemento casi inseparable de ambos conceptos, que en sus orígenes tuvieron alcances independientes.

1.4. “Global” y “globalización”

Se trata de una de las perspectivas que más ha sufrido en plena batalla de conceptos puramente ideológicos. El concepto de “universalidad” estaba presente desde la antigüedad en las religiones, las teorías, en los imperios del mundo clásico o los del Renacimiento, en las teorías del tiempo de La Ilustración, y especialmente en las surgidas a partir de las revoluciones liberales de finales del XVIII. Con la formación de los modernos estados-nación tal y como se conocen desde el XIX, ese carácter está implícito en los imperios de la Revolución Industrial caracterizados por la explotación de otras tierras y territorios, y lo está todavía más en el XX con las ideologías expansivas, y tras la guerra mundial a través de la política de bloques militares de las superpotencias.

Aunque la globalidad como tal es un concepto que transita hacia las corporaciones como verdadero poder paralelo “de facto” a partir del XX y especialmente en las últimas décadas de ese siglo. Cuando los mercados postergan sus dimensiones locales para centrarse en las planetarias. Mucho más cuando a finales del XX el poder de varias de esas corporaciones se presume muy superior al de los propios estados, con una mayor capacidad de acción que los gobiernos constreñidos en unos límites -empezando por la división de poderes o las referencias constitucionales- que la gran empresa transnacional no tiene obligación de respetar.

La aparición de Internet y su popularización forma parte de esa transformación de conceptos. La red es global por sí misma y no depende de los límites del estado (aunque varios de ellos, ajenos a las prácticas del liberalismo político, impongan censuras, limitaciones o territorios de veto). Del concepto “global” a su derivado “globalización” hay un claro salto en la interpretación en clave puramente ideológica. El triunfo arrollador del neoliberalismo en la teoría económica de la década de los 80, frente al nekeynesianismo preponderante a partir de Roosevelt y el “New Deal” hasta casi medio siglo después, utiliza una idea de principio positiva –la revisión de un viejo concepto de fronteras como límite estrecho y cerrado, la libertad de comunicación y la libre transmisión y expresión de ideas– para focalizarla en un único contenido: son las mercancías, los productos, quienes pueden circular libremente sin tener en cuenta las viejas fronteras que han quedado obsoletas, dentro de un proceso de hiper-mercantilismo, pero no los conceptos, las ideas –bajo la influencia de un nuevo “pensamiento único”– y mucho menos las personas. Frente a la naturaleza casi inexpugnable de las fronteras entre el “primer” y el “tercer mundo”, con la creación de los modernos muros norte-sur o las condiciones que describe el concepto de “Europa fortaleza”.

Se trata de un contraste de realidades entre, por una parte, la evidencia de un profundo choque entre las condiciones de dos espacios en los que la esperada convergencia no se ha producido sino que los indicadores de renta y calidad de vida se distancia y se amplía el abanico de las diferencias sociales, frente a la facilidad con la que los productos y las materias primas han podido desplazarse tras el esperado fin de esas barreras.

Las palabras están influidas y a veces son víctimas de sus propias circunstancias. El pensamiento progresista del siglo XX se vino a alinear de manera general con aquellos términos vinculados a un concepto de superación de cualquier frontera, de carácter internacional y perspectiva común en la que se contemplaba a la humanidad en su conjunto y extrema variedad como un todo con unas mínimas líneas básicas e intereses comunes. A diferencia con los planteamientos “ortodoxos” de las viejas religiones o ideologías políticas que buscaban su hegemónica implantación en un marco alejado de cualquier referencia local, el uso de palabras vinculadas a conceptos por encima de los trazados fronterizos se conjugaba con otros términos como “tolerancia”, “diversidad”, “respeto a la diferencia”, “pluralismo” o “pluralidad”. La única “hegemonía” aceptable, como un único común denominador, era aquella que admitiera como norma el reconocimiento a los derechos humanos tal y como se concebía en la Declaración Universal de Naciones Unidas. Sin embargo, su adhesión por muchos estados obedece a un mero carácter oportunista, más declarativo que real; sea por la interpretación escandalosamente “ad libitum” de su articulado, o por la utilización de la propia Declaración como arma arrojada en un contexto propagandístico de enfrentamiento entre estados y sistemas. Hipoteca manifiesta sobre en lo que en sus orígenes había significado un paso adelante muy importante dentro de una concepción humana que superaba los estrechos márgenes de las fronteras.

A ello hay que añadir el elemento más importante en el uso de términos inicialmente tan positivos como “universal” o “global” nacidos a la sombra de una visión cosmopolita de la realidad: la manipulación en torno a un concepto como “liberal”, que ahora aparece sustraído a través de un uso torcido desde una perspectiva exclusivamente mercantilista. El cambio de uso del concepto tiene mucho que ver con la evolución del modelo de producción en la última parte del siglo XX y el triunfo absoluto entre los años 70 y la crisis de las “hipotecas-basura” en Estados Unidos, a la vuelta de la primera década del XXI, prólogo de la gran crisis que sufre América y Europa en los años posteriores. En esa transformación, bajo la sombra de los procesos de des-regulación que tan caros iban a costar a las grandes economías, la visión del neoliberalismo se apropió de casi

todos los términos en clave de globalidad. La primera víctima fue la propia palabra “liberal”, nacida como un término noble en el XVIII, inspiradora de corrientes y generadora de actitudes de renovación y de progreso; literalmente fagocitada a finales del XX en una utilización estrictamente comercial y desvinculada de sus orígenes en los que estuvo vinculada a los “derechos del hombre”, a la soberanía popular y al ejercicio de las libertades, y no solo a la del derecho a la propiedad sin control alguno.

Bajo dicha perspectiva el poder político surgido en los países democráticos a través de la soberanía popular expresada en las urnas, quedaba ensombrecido por el enorme poder de las grandes transnacionales y por el capital especulativo gravitando sobre cualquier mercado donde pudiera actuar en el que hubiera menor cantidad posible de normas y reglas de uso para una correcta ordenación de los mercados.

Dentro de este proceso, dichos términos nobles en sus orígenes nacidos con vitola progresista, como “liberal” o “liberalismo”, fueron descaradamente utilizados con un único sentido casi vaciado: la expresión de un modelo económico en el que las reglas son mínimas y el papel regulador del estado como expresión democrática de la voluntad popular se ha diluido hasta casi la inexistencia, incluso en las áreas básicas defendidas por la sociedad de bienestar en Europa: educación, vivienda, salud, derecho al trabajo, igualdad de oportunidades, defensa del medio ambiente, etc. A pesar de ello, el término “liberal” ha tenido una divergente deriva entre América del Norte y Europa. En el primero de los espacios y a partir de los tiempos del “New Deal” el término se reinventa asociado al de liberalismo progresista bajo una premisa: las libertades individuales están vinculadas a las sociales, sin igualdad de oportunidades, acceso igualitario a la educación, a la sanidad, a la vivienda dentro de un marco de redistribución de la riqueza, su ejercicio es imposible. Término que se contrapone al de “conservadurismo” dentro del que se adscribe la teoría del “laissez faire”, del mercado como poder omnímodo en la toma de decisiones, y del papel meramente complementario y escaso del estado. Una concepción terminológica muy diferente a la europea.

No extraña por ello el desprecio en el que ha caído el uso de un término como “globalización” que en su origen tuvo una muy positiva connotación, y la búsqueda de nuevas denominaciones más ajustadas a lo que en principio podía definir la idea: mayor capacidad de conocimiento del otro, búsqueda de oportunidades para todos, mejor comprensión al través del conocimiento mutuo, del intercambio de culturas y de pensamientos, del diálogo fértil, la pluralidad de contenidos, la sustitución del viejo y terrible modelo de bloque o estado cerrado en sus propias fronteras por la generación de un mundo más abierto, propiciado por tecnologías que dan por hecho su carácter universal. En ese conflicto ideológico, la primitiva aceptación de “global/globalización” se deriva ocasionalmente hacia un nombre similar pero sin las connotaciones más peyorativas: “mundialidad”.

La popularización de Internet y de las TIC en la transición entre dos siglos introduce un nuevo elemento de referencia: por su naturaleza el modelo de uso es imprescindible de esa concepción universalizada. Por vez primera en la historia humana la comunicación es interactiva y simultánea con cualquier lugar del planeta, y el tránsito de informaciones y contenidos se hace constante, como gran “red de redes” en la que está (casi) todo. Esa relación abre una nueva perspectiva a la generación de los nacidos digitales: por vez primera cualquier referencia es ofrecida en términos no vinculados a los elementos geográficos en un proceso en el que la distancia se mide por tiempo y no por kilómetros. Y dentro de ella surgirán fenómenos de matices muy diversos vinculados a ese nuevo y aparente “cosmopolitismo”. Entre ellos una vinculación de los elementos, desde el más general hasta el más íntimo a las redes tecnológicas, en el

que pierden terreno muchas de las formas de comunicación tradicional. Este sería el caso del uso de formatos como “WhatsApp”, “Instagram” y otras similares en comunicaciones entre próximos sustituyendo a las personales; como se puede describir en la hora del recreo en un instituto de nuestro país donde los alumnos adolescentes envían mensajes a vecinos que se encuentran en un radio de acción cercano, incluso dentro del propio recinto educativo, en lugar de recorrer un pequeño itinerario para hacerlo de manera personal, como se habría hecho antes de la aplicación de esa tecnología.

Del mismo modo, es preciso mencionar la presencia, a veces disfuncional, de una hiper-información a granel que actúa como elemento de distorsión. Una inflación de contenidos aparentemente informativos que se convierten en elementos de confusión, impidiendo una percepción adecuada y un análisis crítico, abierta a la más clara manipulación o al uso de la deliberada des-información, con la aparición de factores como las “cortinas distorsionadoras” de la contra-información que difumina, solapa, o tergiversa contenidos en función de intereses distanciados de las posiciones de objetividad. En ese territorio se desarrolla al mismo tiempo una tensión entre “culturas locales/cultura global” dentro de la llamada “aldea global”, de la misma manera que términos como “multicultural” o “intercultural” aparecen cargados de matices desde un criterio puramente ideológico. Ideas/concepto que cambian radicalmente de sentido en función de sus usos y de las ideas dominantes en las épocas en las que se emplean está un término tan conocido como “Occidente”. Que superando cualquier referencia geográfica adquiere un sentido descriptivo de carácter socio-cultural, además de describir una realidad histórica en la que caben factores tan diversos como El Renacimiento, La Ilustración, 1789, una identidad en la que participan tanto el cristianismo, en sus diversas corrientes, como una aportación islámica, el helenismo, una presencia judía, el liberalismo progresista tanto como el socialismo democrático; y que en buena parte del XX fue secuestrado de manera totalmente extemporánea. Sin ir más lejos el discurso del franquismo cuando trataba de ubicarse retóricamente en la “defensa de la civilización occidental” frente a la “barbarie” (donde se debía incluir a todo lo que era ajeno a una concepción totalitaria o autocrática de la sociedad, incluido el estado constitucional y el estado de derecho). De la misma manera que en el viejo Régimen aparecía un juego de identidades supuestamente antagónico propio de un “discurso de situación”, que implicaba un absurdo rechazo o al menos una enorme desconfianza con lo exterior y lo extranjero -y en el fondo con las ideas del mundo moderno nacido con la Revolución Francesa, especialmente en el periodo 39-65- y a la vez una necesidad de vinculación exterior con una forzada y esforzada identidad bajo un complejo de “anormalidad”.

El propio discurso de la tecnocracia abunda en una descripción muy parcial de la aportación de las tecnologías vinculada a la fase ultra-liberal, en la que se proclama el “crepúsculo de las ideologías” (Fernández de la Mora) o el “fin de la Historia” (Fukuyama) -sin que establezcamos términos comparativos ni vinculaciones entre ambos- a partir de descripciones que si son algo es fundamentalmente “ideología”. Pese a la aparente hegemonía de las tecnocracias bajo una visión globalizada, los términos de relación con los espacios más cercanos no solo se difuminan sino que se hacen más presentes. El sentimiento de pertenencia a un espacio concreto se mantiene o ha crecido entre los jóvenes. Según el “Informe Juventud en España” en sus tandas 1996-2012, la identidad aparece vinculada a factores locales en un porcentaje que va del 63 al 59,4 %; y mucho más en concreto a los elementos de relación más próximos, como el pueblo o ciudad (del 41 al 37,2 %) frente a la provincia que se diluye en torno al 10 %, o la propia España como concepto (del 20 al 14,8 %) e incluso al concepto de pertenencia a Europa, que se ubicado en un reducido 2 al 4,5 %. Mientras el sentido de identidad cosmopolita es asumido por un porcentaje que oscila en torno al 13 y al 14 %.

Es decir, a pesar del imperio de las TIC y el uso de Internet y de las redes sociales, el sentimiento localista de pertenencia a los entornos más cercanos (barrio, pueblo, ciudad, provincia, comunidad...) es mayoritario y queda a considerable distancia de otras referencias en clave exclusivamente mundial o cosmopolita. Se actúa con una expresión de una cierta retórica en la que muchos jóvenes verbalizan una aparente indiferencia ante los elementos de cercanía postergados en beneficio de una discursiva y en clave puramente idealista, identificación con aquellos trazados desde una perspectiva "internacional" y "sin fronteras".

Aparece además en España un elemento referencial muy importante entre los nacidos digitales, como es la aparición a partir de 2000 de un fenómeno como el de la inmigración que rompe con una larga tradición de una supuesta homogeneidad (que tampoco es tal) vinculada a elementos de tradición. Hoy en día adolescentes y jóvenes conviven en centros educativos y en aulas con personas de procedencias y orígenes muy distintos, y bajo modelos culturales muy diferenciados. A pesar de que aún no esté superada una fase de estereotipos sobre el fenómeno migratorio y de que la integración sea parcial y aparente -aunque con mucho menor peso de los espacios segregados como los que existen en sociedades de Europa o Estados Unidos con una larga tradición migratoria, y de caracteres distintos al tratarse de fenómeno relativamente "nuevo" dentro de la sociedad española- esa perspectiva de "cercanía" en un espacio tan esencial como el educativo, y por encima del residencial, aporta un elemento de referencia totalmente novedoso frente al contexto en el que vivieron los jóvenes de otras épocas.

Esa complejidad de situaciones avanza un juego en el que se conjugan distintos sistemas de pertenencia a identidades que antes podían parecer contrapuestas y que hoy son perfectamente homologables y susceptibles de combinaciones múltiples. En principio, el concepto de multiplicidad en la identidad aparece delimitado al grupo de inmigrantes, o adolescentes que proceden de una cultura diferente a la mayoritaria. "Jóvenes que se enfrentan con la tarea de lograr una identidad personal, sino de integrar su identidad personal con su identidad como miembro de un grupo étnico en conflicto con la identidad de grupo dominante" (Labrador Fernández, Jesús: "Identidad e inmigración. Un estudio cualitativo con inmigrantes peruanos en Madrid", Universidad de Comillas, 2001). Bajo esa descripción se percibe una situación de conflicto o de choque entre una tradición étnica y cultural con otra dominante, y "la dificultad para coordinar y conjugar roles, actitudes y prácticas significantes" (id).

No obstante, el uso de las TIC y de las redes sociales trastoca elementos referenciales de identidad basados exclusivamente en los factores étnico-culturales, generando otros espacios "comunes", que sin ser de plena integración, plantean vehículos de identidad a los que se adscriben jóvenes de procedencias étnico-culturales muy diversas. Tiene más peso como efecto cultural de una cierta homogenización el uso de las TIC, el consumo de productos culturales vinculados a unos estilos de vida que los elementos de carácter étnico-cultural difuminados bajo el foco potente de la nueva "cultura de la nube". Ciertos factores de segmentación ligados a perspectivas de identidad como grupo han quedado diluidas a través de la influencia de los modos de uso de esas tecnologías. Su utilización es relativamente homogénea entre los jóvenes a pesar de sus orígenes o renta; las mayores brechas se producen entre las referencias generacionales o de género, vinculadas a factores como la edad o el género: a más edad y condición femenina menor uso.

Todo ello debe ser además enmarcado dentro de las "identidades múltiples" en las que se desenvuelven los y las jóvenes, con especial peso en el caso de quienes proceden de la inmigración, bajo las que se hace compatible el vínculo con los elementos culturales de la cultura de origen con la adopción de referencias que pertenecen no ya a las sociedades en las que ahora se

reside sino a características asociadas a referencias mucho más amplias, como las que llegan a través de los medios o el uso de las redes.

1.5. Espacios de privacidad compartida

El elemento más sobresaliente y novedoso en esta combinación de identidades sería el cambio en el papel de los territorios de lo “público” y lo “privado” convertidos ahora en “espacios de identidad” dentro de campos donde no aparecen fronteras de separación. Las redes se convierten en lugares de identidad por muy variadas razones, fundamentalmente por haberse transformado en un “territorio de uso propio”. El concepto de “tribu urbana” de finales del XX ha quedado ampliamente desplazado desde el espacio de cercanía –el viejo “marcar terreno” del pasado- por la “superficie grupal” generada dentro de la red. Diariamente se reciben mensajes de “amigos” que nos solicitan incorporarnos a su propia red.

Se está en ella por muchas razones, pero principalmente porque “están mis amigos, mi tribu, mis cercanos”, y se es capaz de vincularse o adscribirse al subgrupo más diverso y múltiple, con más posibilidades de lo que permitía antaño la relación interpersonal condicionada por la cercanía. A la vez la red es usada por los adolescentes y jóvenes como espacio propio –la vieja “reserva india”- al margen del control y fiscalización de padres o personas que representan un tipo de institución formal o informal.

Esa identidad permite otra búsqueda de legitimidad personal a través de las redes que implica un salto desde lo territorial a lo universal. El ejemplo más representativo de esa identidad múltiple lo representaría el blog. Dentro de él se van a compartir elementos de autoría como los de refrendo personal a través de una búsqueda de visibilidad, abierta no solo a los más cercanos por la proximidad sino a los antaño “extraños” y “lejanos” con quienes la única vinculación se realiza a través de la red. A través del blog se tratan de encontrar pares que compartan muchos de los elementos de interés propio, aunque su presencia esté desvinculada de las referencias de lugar. El elemento “autoría”, generación de “espacio propio de identidad” y “búsqueda de referentes entre pares no ligados a los elementos de cercanía” se combina con un aspecto esencial como es el de la búsqueda de visibilidad e incluso de exhibición. La red aparece por lo tanto como un territorio inicialmente de intimidad personal que se abre hasta el infinito hasta diluirse en un magma de falso anonimato en la búsqueda de una ubicación con unos “nuevos cercanos” que ya no tienen que ser aquellos que residen en el barrio, en la ciudad o en el país, a los que quizás nunca se llegue a conocer personalmente en el resto de la vida.

Ese espacio de privacidad que trasciende hacia la pura exhibición, trastocando las antiguas diferencias entre “privacidad” y “publicidad” –blogs, “tweets”, páginas...- reemplaza aparentemente antiguos elementos que pertenecían exclusivamente a la relación con el grupo físico de iguales. Muchos usuarios de las redes necesitan no solo comunicarse y lanzar contenidos sino provocar atracción en idénticos o llamar la atención, lo que explica actuaciones y prácticas de uso o hechos realizados exclusivamente para ser colgados en esos sistemas de distribución como elemento de atracción, e incluso de distorsión y provocación. Con el teléfono móvil o el dispositivo que capta imágenes el plató o el escenario han desaparecido: ahora el verdadero “estudio” o “plató” es la calle y la “vida”. Lo que nos llevaría a un nuevo análisis: la realidad social desplazada por la virtual, o por su representación a través de las redes convertidas en nuevo espacio de socialización para muchos adolescentes y jóvenes. Una reciente película alemana, “Who am I. Kein System ist sicher” (2005, Baran bo Odar) describe la situación de un joven que solo se relaciona con el resto del mundo a través de las redes

sociales y que se convierte con ayuda de otros en “hacker” dentro de la red Europol, donde se coordinan las policías de la UE, exclusivamente para demostrarse a sí mismo que es capaz de conquistar su propia identidad, sin ninguna otra motivación de tipo delictivo.

Esa posición dentro de esa conjugación de identidades múltiples genera un debate asociado al propio concepto, como es el del fin de la información con un concepto unidireccional de generadores-receptores, como se entendía hasta el eclipse de los modelos tradicionales de contenidos (prensa escrita, cine, radio, televisión convencional...) superada bajo un prisma de generación de formatos para la red en la que todos a la vez crean información y la consumen sin que se establezcan diferencias. Este concepto se defendía dos lustros atrás cuando se trataba de describir una nueva era bajo el influjo de las tecnologías, pero hoy aparece sujeto a revisión.

Aunque quien recibe y consume contenidos informativos también es capaz de generarlos, e Internet se haya convertido en el medio de comunicación más utilizado por jóvenes, sigue existiendo una hegemónica presencia en la red de los grandes grupos que responden a los tratamientos más profesionales y comerciales de la información. La red es capaz de generar contenidos, de lo más próximo a lo universal, pero carece de elementos para garantizar la calidad o la veracidad de los mismos.

El propio final que se ha descrito de disolución de lo personal en la red, y de eclipse de la distinción entre “personal/compartido” y “privado/público” lleva a otro problema: las identidades ficticias dentro de ella y la generación de “personalidades ficticias” para ser mostradas a través de una “inmensidad anónima en ese patio de desconocidos” a los que se reconoce como público destinatario. El relativo anonimato dentro de las redes facilita la adopción de unos roles que en muchos casos no tienen nada que ver con los reales, bajo la perspectiva de las identidades fingidas. Se trataría de mostrarse ante las redes bajo un prisma idealizado o no, pero siempre irreal, e imposible de contraste o de uso de referencia de cercanía, al desarrollarse dentro del espacio de lo virtual, ajeno a cualquier posibilidad de verificación. Buena parte de esos blog o perfiles que se colocan en la red responden no tanto a lo que “se es” sino a lo que se “quiere ser” dentro de esa perspectiva de “identidad fingida”. Reaparece así un elemento que parecía desechado en los tiempos en los que se vendía Internet y las redes como el “espacio que rompía viejas fronteras entre generadores y consumidores de contenidos”, y que se vincularía a unas nuevas formas de alienación. A ellas pertenecerían ciertas formas de identificación grupal que aparecen en las redes, desde lo más cotidiano a lo más abyecto -como sería la utilización como banderín de enganche para “guerras” o “yihad” que se llaman a sí mismas “santas”- y que han sido capaces de atraer a jóvenes del primer mundo, quizás de orígenes culturales y étnicos no mayoritarios pero de “tercera generación” en la inmigración, mal integrados en los modelos de las sociedades de llegada, necesitados de elementos de identidad en su entorno o inadaptados por razones múltiples atraídos por unas referencias absolutamente irracionales, en clave de secta medieval, convertidas en tabla de salvación y referencia de identidad personal y colectiva, por disparatado e irracional que puedan ser sus propuestas, pero que también han podido atraer a “conversos” atrapados en una red sectaria que anula su voluntad.

La red tampoco permite contrastar la identidad del grupo, la tribu o la secta, si está desvinculada del elemento de proximidad, ni admite factores de criba o perspectivas de análisis. Al contrario, es capaz de aparecer como elemento omnipresente que se justifica carente de cualquier factor de medida: un grupo disperso por el mundo puede aparecer como una multitud, una secta como un poderoso ejército, un iluminado como un

líder carismático ajeno a toda posibilidad de contraste o sometimiento a una percepción en clave analítica o crítica.

De esta manera tenemos que hablar de un contraste entre realidades aparentes que bajo la descripción más tradicional serían susceptibles de choque o de contraste, como sería el “mundo de lo real” y el de lo “virtual”, términos que se conjugarían a la perfección, pero que también podrían ser antitéticos.

2. Las identidades cruzadas

2.1. Los nuevos escenarios de identidad

Hace unos treinta años se empezó a utilizar con evidente acierto un término metafórico como “tribu urbana” a veces unido al de “territorio comanche” o alguno similar, para destacar uno de los aspectos más característicos en el análisis de la evolución de los jóvenes desde la segunda mitad del siglo pasado. Se venía a destacar la importancia del estilo de vida vinculado a la identidad individual pero especialmente a la colectiva. Era el “grupo” de referencia, la “panda” o la “tribu” quien aportaba esos elementos referenciales en los más variados aspectos, desde el uso de argot o uso de hablas, a la moda, las referencias y gustos culturales, la sexualidad o el uso o no de alcohol o de drogas. Se trataba de un “grupo” en términos físicos, de cercanía, de las mismas características, o al menos cumpliendo idéntico papel al que otros similares –la parroquia, el club, el espacio social o laboral, el equipo de fútbol, la entidad de barrio, etc.– aportaban a las generaciones precedentes.

La misma interpretación describía cómo a partir de los años 50 en Estados Unidos y algún otro país europeo –en España más tarde, bien cruzados los 60- los jóvenes del “baby boom” buscaron individualizarse de los mayores con su propio estilo de vestir, su música, sus formas de vida... La ropa del padre o del hermano mayor ya no servía para los más jóvenes. Esa perspectiva necesita en la actualidad una lectura en clave revisionista:

- a) Las redes se convierten en los espacios principales de socialización. Totalmente desvinculadas del elemento “proximidad” o “cercanía”. Un usuario que busca en ellas el grupo o el reducto de ideas o aficiones compartidas lo va a encontrar en los lugares más remotos y a escala planetaria. Ciertos jóvenes llegan a tener más confianza o a expresar ideas que no se atreverían a transmitir a los que conviven directamente con ellos, con unos “lejanos/cercanos” de otras órbitas geográficas con los que se comunican a través de las redes.
- b) Buena parte de los vínculos tradicionales de relación o de identidad se han quedado desplazados por el uso de esas nuevas esferas de comunicación que ofrecen las tecnologías.
- c) El acceso al uso de las mismas ha dejado de vincularse a los orígenes de grupo, clase social, cultura o procedencia étnica, bajo la perspectiva de mostrarse como de acceso (casi generalizado). No así un elemento tan importante como el uso de las redes como factor de oportunidades sociales y culturales por encima de las referencias territoriales. Tenemos que hablar por lo tanto de varios niveles en ese uso, desde uno “general” como herramienta de comunicación o de ocio, y otro como elemento “dinamizador” de conexión con las mejores

oportunidades que se ofrecen a las nuevas generaciones a escala planetaria. En este último campo, el vínculo con la clase social de procedencia o la disponibilidad económica sigue siendo muy fuerte.

- d) El peso abrumador de los medios de comunicación, especialmente audiovisuales, y el papel de Internet y de las redes sociales en la imposición de un modelo supuestamente “mundial” de forma o de ocio cultural con enormes vínculos con la industria del consumo, no ha logrado erradicar la gama de colores y tipicidades en clave local o de cercanía, ni el terreno del propio territorio “marcado como reserva propia” del grupo. Aún así, los elementos de homogenización han adquirido una presencia arrolladora, especialmente en los espacios de ocio, tan importantes en la vida de los jóvenes, en los que son un territorio de socialización. A diferencia de generaciones precedentes, el uso de la marca está relativamente poco vinculado a la renta o al origen social: costaría mucho distinguir la procedencia de un grupo de jóvenes por las ropas o las zapatillas que usan. Esa superficial homogenización por el consumo se ha mantenido incluso en los momentos más duros de la reciente crisis económica, en los que los jóvenes han aparecido como uno de los grupos más golpeados por la misma, con elevadísimos índices de desempleo.

2.2. Cultura de homogenización y cultura de diversificación

La explosión de las tecnologías y su popularización ha generado hasta el infinito nuevos segmentos de fragmentación. Hoy en día es probable que en la red, en cualquier parte de “la nube” - y ya no del planeta- se pueda encontrar a otra persona con la que compartir los gustos, las aficiones o las opiniones y expresiones más personales. Aparentemente esa ruptura de un modelo de concentración de emisores y múltiples receptores sin otra capacidad de respuesta que la de su mero consumo ha sido dinamitada (y de ello sería ejemplo el cambio de modelo en las discográficas y en la distribución de la música). Pero se trata de un espejismo aparente: el eje de gravedad se desplaza de discográficas a proveedoras de servicios.

Esa “multiplicidad/fragmentación” no es incompatible con el uso (o la imposición) por razones de mercado de unos modelos de uso cultural en los que se difuminan muchos de los antiguos vínculos de territorialidad. Las mismas gorras de jugadores de “baseball” es posible encontrarlas en la cabeza de jóvenes de Chicago, como en los de Guatemala, Santo Domingo, Barcelona, Dakar o Rabat. Y lo mismo se podría decir del resto de los contenidos de uso cultural -de la música a la moda- que ahora se ofrecen a escala planetaria, a través de los sistemas “tradicionales” de distribución o de las redes (¿se ha puesto alguien a pensar en el campo creciente de las grandes transnacionales generadoras de contenidos y de productos dentro de las redes, y el uso que hacen de los sistemas de enlace y comunicación más usados por jóvenes, y la manera como se revierte su uso con un interés comercial?). Reconocer este factor implica plantear un escenario de conflicto entre nuevos términos e identidades, ligado a las culturas/estilos de vida, entre “pluralidad” y “uniformidad” cultural, dos territorios en permanente tensión. Ahora es posible gracias a Internet y a las redes, la difusión de los puntos de vista propios, de las expresiones o pensamientos, incluso de la obra de creación cultural; pero en última instancia la presencia -y la presión- de unos modelos casi monocordes generará elementos de identificación mostrados como de “uso universal”, a escala planetaria. Como espejo de una aparente “identidad colectiva”, que muchas veces no es tal, sino otra creación ficticia; solo que esta vez de laboratorio de mercadotecnia.

